

IN MEMORIAM

OBRA Y ALMA DE JOAQUÍN TURINA

LA música sinfónica nacional ha unido ahora, a su dolor reciente por la muerte de Manuel de Falla, su nuevo llanto por la pérdida de Joaquín Turina. Eran dos nombres profundamente hermanados, en lo artístico y en lo personal. Habían proyectado lo español sobre el mundo. Melodías suyas llevaron el alma de lo andaluz a las salas de conciertos de París, de Londres y de Nueva York. En Turina se cumplía, como en otros claros varones, el hecho de que el mejor camino para ser universal era ser profundamente español: sinceridad, fidelidad a la tierra madre, sin mixtificaciones ni olvidos. Fué su españolismo apasionado el que llevó a nuestro músico a ganar universales laureles.

Era sevillano, y Sevilla dió siempre su clara sombra al espíritu, la vida y la obra del compositor. Iba para médico, pero en el alma le cantaban cadencias y melodías. Frente a la realidad concreta del humano dolor, ofrecida en quirófanos

y camas de hospital, se le ofrecía el musical ensueño de coplas y ritmos. El maestro de capilla de la Catedral, don Evaristo García Torres, le da lecciones. Joaquín Turina compone sus «Coplas de la Pasión», da su primer concierto, escribe «Sulamita». La música es para él una vocación ardiente: no tiene aún el compositor los veinte años al crear aquellas páginas. Después, Madrid: la amistad de Bretón y Chapí, las lecciones de Tragó, la música para un sainete de los hermanos Quintero. El viaje a París, luego: la estrecha relación con Albéniz y Falla, horas de trabajo ilusionado e intenso, páginas que le ganan el respeto y el éxito. Son de entonces la *suite* «Sevilla», «Jueves Santo a medianoche», «Sonata romántica»... En un viaje de Turina a España es el estreno, por la Sinfónica, de «La procesión del Rocío». Ya el nombre de Turina ha ganado el aplauso ferviente del mundo.

Su labor tiene siempre un mismo acento de creación ilusionada. Pocas vidas, en este sentido, tan llenas de contenido espiritual como la de Turina. En él se correspondían la obra y el alma, como si ambas perteneciesen a una misma y única realidad superior. Todo en él era gracia y melodía, sonrisa y claridad, fino señorío, aristocracia cordial. La línea noble y jugosa de su música es también la de su vida, tan rica en alegres efusiones. Las creaciones líricas de Joaquín Turina vivirán siempre en la historia del pentagrama español. Son páginas incorporadas ya de modo definitivo al tesoro de nuestra música. Mas en el recuerdo de cuantos le trataron vivirá también el perfil humano de Joaquín Turina: su bondad, su pureza, su sencillez.

Fervor en el trabajo, humildad en la conducta: este era el músico sevillano que España ha perdido ahora. Nunca se dieron en él el gesto engolado ni la hueca vanidad. Desde-

ñaba la retórica pomposa y la necia pedantería. Sabía tener, en cambio, la elegancia difícil y suprema de la sencillez. Hay en ésta un acendrado valor espiritual y cristiano, y Joaquín Turina, creyente firme, hombre de honda vida interior, hizo de esa sencillez la norma inalterable de su vida. Ella le acompañó siempre, en la alegría y en la adversidad, hasta que le llegó la muerte, que fué para él serena y cristiana, como sereno y cristiano había sido en todo momento el pausado latir de sus días.

Su obra confirma la realidad de la vieja frase que dice que «el hombre es un pedazo de tierra». Turina, sevillano, era un trozo de su tierra, con la misma luz, con la misma simpatía indefinible y acogedora del aire de Sevilla. El suelo meridional estaba ligado a él —a su obra y a su espíritu— entrañablemente. Jardines, melodías, campos claros, esencias y primores de Andalucía, latían en su alma. Armonías y colores béticos dictaban a su música una pauta de gracia y de luz. «La música de Turina —ha escrito Gerardo Diego— es la de un colorista, la de un pintor de género que refleja los rincones y diseña los retratos de los pueblos y las mujeres de Andalucía: Sevilla, Almodóvar, Algeciras, Sanlúcar.»

Está llena de fantasía y luminosidad su música, opulenta en vehemencia y en colorido típicamente meridionales. Mas, a la vez, tiene, honda y sutil, alma: cadencia interior, entrañable línea espiritual. Se apoya este contenido interior, de modo muy importante, en la melodía popular, tan fuertemente amada por Joaquín Turina. Seguidillas, garrotines, farrucas, le dijeron su secreto como a nadie. El acertó a recoger de insuperable modo el ritmo breve, ceñido y alegre de aquellas danzas del pueblo. Supo, en definitiva, aristocratizar musicalmente lo popular, poner fantasía y señorío en

aquella primera materia que el hombre, la tierra y el aire de Sevilla le ofrecían.

Español universal, creador de ritmos que, estrechamente ligados a la tierra propia, le ganaron el aplauso y el entusiasmo del mundo, Joaquín Turina nos deja, junto a su arte, la lección de su vida: una vida profunda y clara, rica en ternuras, efusiones y alegrías franciscanas.

